



ENTREVISTA A CARLOS BELMONTE

PREMIO NACIONAL DE MEDICINA 2009

por Ana Sánchez García

Llego a Alicante en tren. Carlos Belmonte me espera a la puerta de la estación y me lleva al Instituto de Neurociencias. Esa tarde, para él, yo soy la importante. Mi relación con Carlos siempre fue así, incluso cuando acababa de llegar a Valladolid en 1973 y yo no era más que una aspirante a alumna interna. Siempre que necesité algo él me prestó la misma atención, tan especial, con la que me recibe hoy. Carlos Belmonte ha estado presente en las decisiones más importantes que he tomado en mi vida científica. Pero de todo esto, de su idea de la relación profesor-alumno, de su afán por generar conocimiento y entusiasmo, de sus estupendas ideas para mejorar el futuro de los jóvenes científicos, quiero que nos hable el mismo. De modo que, en cuanto llegamos a su despacho, y después de comprobar que mi cinta no funciona, aparece Carlos con su *i-Phone* programado en modo grabación y nos ponemos a hablar con el mismo placer y atención de tantas otras ocasiones.

Carlos Belmonte (C.B.), Catedrático de Fisiología de la Universidad de Alicante, nació en 1943 en Albacete en el seno de una familia de oftalmólogos con grandes aficiones intelectuales y artísticas. Es, probablemente, la persona que más ha influido en el desarrollo la segunda época dorada de la neurociencia española (uno de sus grandes legados es la creación del Instituto de Neurociencias de Alicante). Ha dedicado toda su vida a la docencia y a la investigación, educando y creando las condiciones idóneas para una investigación a la vanguardia, labor que ha merecido múltiples honores y premios nacionales e internacionales. En el año 2009 su trayectoria y constante compromiso con el saber fueron reconocidos con el Premio Nacional de Medicina. C.B. ha aceptado ser entrevistado para "Encuentros en la Biología" por Ana Sánchez (A.S.), Catedrática de Fisiología de la Universidad de Valladolid, antigua alumna y hoy amiga de C.B., e igualmente una persona con firmes creencias en el valor de una extensa y profunda educación en la formación del científico biomédico.

A.S. Carlos Belmonte es optimista por naturaleza. Ahora me pregunto: ante las amenazas que acechan a la universidad y la investigación con la crisis económica y la implantación de la reforma de Bolonia ¿qué razones ve para el optimismo?

C.B. Bueno, de entrada yo soy optimista "ejecutivo", es decir, optimista vital, pero no intelectual, en general mis análisis intelectuales no suelen ser nada optimistas, entre otras cosas porque en términos biológicos creo que la presencia del hombre sobre la tierra es un accidente dentro de la Naturaleza y por tanto no creo mucho en la trascendencia de nada de lo que hacemos. De modo que eso hace que no tenga un optimismo excesivo con respecto a la influencia de las cosas que vamos desarrollando, todas me parecen pasajeras. Y en relación con el futuro de la universidad y de los problemas que tenemos delante, tampoco es que sea pesimista, lo que creo es que, simplemente, las instituciones, los humanos y las circunstancias van cambiando y cuando una herramienta empieza a quedarse muy oxidada, pues se la modifica, o se la cambia o se la tira. Lo que nos está ocurriendo con la universidad, particularmente con la española, es que es una institución que se ha adaptado muy mal a las circunstancias sociales, tecnológicas y de todo tipo que se han producido en nuestro entorno, de modo que lo que está claro es que la universidad tiene que cambiar. Y de manera general, lo que veo es que, mirando con una cierta perspectiva hacia atrás, creo que la universidad, en un momento determinado, es decir, la universidad de la posguerra española (que era la tradicional) cambió mucho con su expansión, me estoy refiriendo a los años 70. De repente, la universidad pasó a convertirse en una gran aspiración de la clase media y media-baja española, que quería que sus hijos fuesen a las escuelas universitarias y facultades para que se formaran mejor y por lo tanto hubo un



gran crecimiento de la universidad española para cubrir ese objetivo educacional, que además ejemplificaba la implantación de la democracia y representaba unas condiciones de mayor igualdad entre los españoles.

A.S. ¿Y Carlos Belmonte cree que eso supuso un aumento en la calidad de la universidad o fue un poco lo del “café para todos”?

C.B. Bueno, yo desde luego no creo que supusiese un gran aumento en la calidad de la universidad, pero tampoco una pérdida de ésta, ya que la universidad española tradicional tenía muchas deficiencias. Justo antes de la muerte de Franco había comenzado la presión estudiantil; en las facultades de medicina la situación era dramática, yo siempre recuerdo que hicimos un examen en Valladolid en el que citamos a 3.000 estudiantes a examinarse y lo hicimos en un polideportivo para poner en evidencia la masificación de la universidad. Así, surgió una demanda social muy grande porque la gente empezó a tener una situación más acomodada y quería que sus hijos tuviesen una educación mejor de la que habían tenido la mayor parte de los españoles. Eso generó una gran presión social que los sucesivos gobiernos resolvieron creando nuevas universidades y por lo tanto llevando la universidad más cerca de la gente para que al ciudadano no le costara tanto dinero la educación de sus hijos. En conjunto, yo creo que eso, como medida global, ha sido bueno, en el sentido de que hemos tenido millones de estudiantes españoles que se han educado en un nivel superior al del bachillerato. Creo que lo que nos faltó en aquel momento fue generar unos mecanismos que preservaran el objetivo de, al mismo tiempo, crear élites intelectuales, científicas y tecnológicas. Los criterios fueron muy igualitaristas en la manera de repartir los recursos; democracia e igualitarismo eran sinónimos entonces y eso hizo que en la universidad española se frenara cualquier movimiento que permitiera a unos destacar sobre otros. Por otro lado, la dictadura había caído en parte gracias a una presión en la calle en la que había participado de forma muy activa la universidad, que pasó a considerarse como depositaria del concepto de “democracia” y en la Constitución, incluso, se consideró a la universidad como un poder autónomo al margen de los políticos. Se buscaba que el poder político no influyese en la universidad, guardiana de las esencias de la libertad, pero creo que eso ha llevado a nuestra universidad a ser endogámica y patrimonialista y con criterios muy corporativos. Es decir, a mí me resulta paradójico que en una democracia, la universidad esté tomando decisiones con dinero público votadas por los que se benefician directamente de ese dinero.

A.S. Sé por experiencia que a veces empleamos más esfuerzo y tiempo con los malos alumnos que con los buenos. No fue ese el caso en mi relación con Carlos Belmonte. Y ahora le pregunto: ¿Qué se le ocurre para rescatar para la academia y la investigación a los mejores? ¿Cómo es posible que cuanto más rica se hace nuestra universidad peores candidatos tengamos para iniciar la carrera investigadora?

C.B. Yo creo que el problema de fondo sigue siendo el mismo. A la gente buena, a los que están buscando la excelencia de verdad, les gusta sentirse desafiados por el sistema, pero el sistema del que hablamos es uno en el que las personas inteligentes rápidamente se dan cuenta de que los modos de conseguir metas científicas y académicas no están relacionados con la valía intelectual, el esfuerzo científico, la originalidad, sino que tienen más que ver con “chupar rueda”, el no marcharse para que el hueco no lo ocupe otro. Ese sistema rechaza a la gente destacada y de hecho todos los días en nuestro centro (el Instituto de Neurociencias de Alicante, un centro mixto entre el CSIC y la Universidad de Alicante), vemos que la gente que quiere hacer investigación se va al CSIC y no a la Universidad, que no puede garantizar en absoluto el que se pueda hacer una investigación de calidad.

A.S. Es un poco triste todo esto, ¿no?

C.B. Pues sí, pero son realidades. Al fin y al cabo lo que le hace falta al país es que se formen buenos científicos. ¿Cómo lo hacemos? De la manera que nos resulte más barata y más eficiente. Si la universidad es incapaz de hacerlo pues habrá que aceptar eso y la universidad pasará a ser otra cosa y tendrá otros fines. Para nuestra generación será triste, pero no es la primera vez en la historia de la universidad. Las academias científicas, en su momento, surgieron confrontándose a la escasa generación de conocimiento de las universidades, a su extremo academicismo.

A.S. Ahora que Carlos Belmonte es una persona “mayor” y experimentada voy a permitirme “alumbrar” 4 momentos de su vida:

-Como hijo de una familia liberal y acomodada de oftalmólogos y artistas bajo la importante influencia de su padre.

-Como joven trasplantado a Madrid seducido por la ciencia y la fenomenal figura de su maestro Antonio Gallego.

-Como “niño de Harvard” recién llegado a Valladolid, donde yo le conocí.

-Como flamante Premio Nacional de Medicina, Presidente de la IBRO (*Internacional Brain Research Organization*) y creador del Instituto de Neurociencias de Alicante.

¿En cuál de estos momentos la resultante entre expectativas y logros dependió de un esfuerzo mayor?





Un jovencísimo Carlos Belmonte junto a Lord Adrian fotografiados en Santander en 1962. Edgar Douglas Adrian, Lord Adrian (1889-1977) fue Professor of Physiology en la Universidad de Cambridge y Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1932 por sus investigaciones sobre la función neuronal (compartido con Sir Charles Sherrington)

C.B. Analizando esos períodos de mi vida, lo que puedo decir es que siempre actué con gran ilusión, siempre he tenido un proyecto de futuro que me ha hecho ilusionarme. De verdad, yo no me considero excepcional en nada, en lo único en lo que creo que sí he tenido más capacidad que otras personas es en transmitir mi entusiasmo, eso sí que me parece que he sido capaz de hacerlo bien y esa ha sido la razón de que tanta gente joven hoy día se haya dejado “engañar” por mis sueños. Cada una de esas etapas ha sido muy rica para mí. En Madrid fue donde empecé a hacer ciencia: pintábamos los armarios del laboratorio para que aquello tuviese un aspecto diferente y además tenía la suerte de trabajar con Antonio Gallego, una persona con un enorme liderazgo y gran encanto personal. Quizá el período más “completo” fue el de Valladolid, porque es donde por primera vez tuve la posibilidad de hacer alguna de las cosas en las que yo creía y las hacía sin más cortapisas que las de la realidad social, era yo el que tomaba las decisiones. Fue un momento muy pleno, tenía treinta y pocos años y estuve allí hasta los 37. A la gente de ahora le parecerá que yo era muy joven, pero en aquella época ya tenía tres hijos y ciertamente fue un período de madurez para mí, de plenitud. Después, el período en Alicante y el Instituto de Neurociencias ha sido el más gratificante en resultados. Vine a Alicante y dediqué un gran esfuerzo a intentar montar una nueva Facultad de Medicina con ideas nuevas, que en términos docentes fue muy creativa, pero que en términos ejecutivos fue un fracaso porque apenas quedó nada de aquel esfuerzo. Fueron 5 años en los que, como dijo Simón Bolívar, “aré en el mar”; luego, al cabo de unos años, tuve la sensación de que esos esfuerzos en realidad no se habían perdido: habían sido muchos para un resultado modesto, aunque sirvieron de base a la creación del Instituto de Neurociencias. Yo me fui un año a EEUU y cuando volví fue cuando empezamos con el Instituto. Confío en que, en términos influencia y permanencia, el Instituto de Neurociencias tenga mejores oportunidades

que los otros proyectos. ¿Y ahora? Bueno, ahora estoy en un momento de la vida muy satisfactorio porque, aunque sin grandes esperanzas de futuro, sigo teniendo ilusiones, más controladas y realistas, sabiendo que lo que haga ahora, puede dar frutos, pero que a lo mejor yo no voy a llegar a verlos, pero sigo igual, no he perdido ilusión, me divierto, me meto en el laboratorio haciendo lo que hacía cuando tenía 25 años y me lo paso fenomenal. Es posible que la ilusión y el sentido de la diversión en el trabajo sea lo único que no he perdido.

A.S. Eso nos lleva a la siguiente pregunta. Hace tiempo que aprendí de Carlos Belmonte que la mejor receta para conseguir algo es divertirse con ello. ¿Qué le divierte ahora a Carlos Belmonte en lo profesional? ¿Y en lo “otro”?

C.B. Pues casi todo lo que me divierte sigue estando más o menos relacionado con lo profesional. Entendámonos, en lo “otro” tengo una vida muy placentera, pero en lo profesional lo que me más me divierte es trabajar en el laboratorio, sobre todo hacer experimentos. La ventaja de la neurofisiología es que el experimento sale o no sale y uno lo ve pronto. Hay una frustración cuando no sale, pero cuando sí sale ves los hallazgos y descubrimientos casi inmediatamente, y eso es muy divertido. Y además lo paso muy bien con la gente joven, muy joven, que es con la que yo trabajo. Pero también me meto en otros tinglados, yo es que creo que, simplemente, me divierte “hacer cosas”.

A.S. ¿Y cuándo va Carlos Belmonte a Nigeria a dar un seminario y se trae a un chico joven de allí para que pueda estudiar en Europa?

C.B. A eso me refería, lo que me ocurre es que no sé si he elegido como profesión lo que me apasiona o es que todo lo que hago me apasiona. Tampoco es que haya ahora una gran variedad en mis actividades, pero sí es cierto que me gusta crear posibilidades. El ser Presidente de la IBRO no representa para mí el haberme convertido en una “vaca sagrada”, y aunque es agradable en general, a veces se puede uno sentir un poco incómodo porque se tiende a “glorificar” al que tiene un cargo como ese. Lo cierto es que me da la posibilidad de hacer cosas nuevas y lo disfruto. Ahora estoy metido en



una nueva empresa, intentando crear unas escuelas interregionales de neurociencias. Ayer acabamos la primera en Nápoles, donde seleccionamos a 26 estudiantes de las "riberas" del Mediterráneo, de los cuales 10 eran estudiantes muy brillantes, ya doctores, la mayoría de países europeos, Italia, España, Francia (también había alguno de algún otro sitio de Europa) y 15 eran estudiantes del norte de África y Oriente Medio; teníamos a un israelí sentado al lado de una palestina, marroquíes y argelinos trabajando juntos, colaborando y la verdad es que conformaban un grupo extraordinario. Para nosotros aquí en España, con esa "sequía" que tenemos de gente realmente buena, ha sido una experiencia impresionante, estos chicos van a ser los líderes de la ciencia en sus países en unos cuantos años, por cierto que el 80% eran mujeres. Serán líderes por la tozudez con la que buscan sus metas, por su brillantez, su inteligencia y además se han hecho amigos. Mi esperanza es que haciendo esto durante 10 años el señor que va a ser el director del Departamento de Neurociencias en la Universidad de Uppsala sea amigo del que lo es en la Universidad de Orán. Creo que esa es la manera de que encontremos una base común.

A.S. ¿Y esta escuela está en Nápoles?

C.B. Bueno la hemos montado en Nápoles con la Fundación Kemali. El presidente de la fundación ha hecho una donación a IBRO, porque se ilusionó con este proyecto y nos ha dejado un piso maravilloso en Nápoles que vale 3 millones de Euros, lleno de antigüedades y de cuadros preciosos, un chalet fantástico cerca del mar y algo de dinero, en total unos 6 millones de Euros.

A.S. ¿Y eso financia una estancia de un año en esa escuela?

C.B. No, no. La escuela financia un premio de neurociencias que ya daba la Fundación desde hace años, una beca y la organización de la escuela cada dos años. La escuela tiene el piso increíble ese como cuartel general; luego firmamos un convenio con la estación zoológica de Nápoles que es una institución maravillosa y allí realizamos muchos de los actos con gente de Nápoles, siempre con la idea de unir culturas, a europeos y gente de otros países del Mediterráneo. Y ahora quiero extender esto a Latinoamérica con Norteamérica.

A.S. ¿Cuántos años lleva celebrándose la escuela?

C.B. Es la primera vez que se hace. Es uno de esos proyectos que se me habían quedado por hacer cuando fui Secretario General de IBRO y acepté la Presidencia en cierto modo porque me iba a permitir desarrollarlo. Era una idea que tenía latiendo dentro y sabía que la quería hacer; cuando fui Secretario General puse en marcha lo de las escuelas en las regiones y ahora, pues esto.

A.S. ¿Y a este señor de la Fundación lo convenciste tú, o estaba ya convencido de antes?

C.B. Bueno, yo contribuí (risas). La verdad es que Marina Bentivoglio, que es la Secretaria General de la IBRO, ha hecho una labor sensacional, ella es italiana y conocía a este señor, un psiquiatra turco que vivía en Nápoles y que ha hecho mucho dinero, no tenía hijos, su mujer era una científica que murió prematuramente y decidió apoyarnos.

A.S. Hablemos ahora de medicina. Los dos somos médicos y aunque no hayamos ejercido la profesión asistencial, sabemos que nuestra profesión tiene un gran calado en la sociedad. ¿Cómo ves las crisis reales en las Facultades de Medicina? ¿Cómo se podría aliviar esa carencia de buenos estudiantes que en un futuro puedan dedicarse a la investigación y la docencia? ¿Qué cambios predices para los próximos 20 años?

C.B. Pues yo en esto tengo unas ideas bastante claras en cuanto a lo que habría que hacer, que además creo que coinciden con aquello que la realidad nos demanda. La enseñanza de la medicina cada vez está más fuera de esa universidad tipo "college", encaja poco incluso en esa universidad a la búsqueda de la excelencia. La medicina, la formación de los médicos, exige una formación científica e intelectual en general muy seria y luego unos hospitales en los que se aprenda bien la medicina práctica, pues la medicina al final hay que llevarla a los hospitales. Deberíamos tener un curso pre-médico donde los alumnos estudiaran unas disciplinas básicas, que cada vez son más complejas; los alumnos necesitan una formación profunda en biología molecular, celular, genética, física, matemáticas, química, todo eso que antes constituía eso que se llamaba un "selectivo". En el mundo anglosajón se hace un "bachelor" en el que eliges en tu rama, por ejemplo ciencias, aquellas asignaturas que crees que serán críticas para poder llegar a ser, en este caso, un buen médico. Un señor que no haya hecho biología general, genética, bioquímica, morfología de los seres vivos no debería ser aceptado en una facultad de medicina. Una vez hecho eso, yo llevaría a los alumnos a un hospital en el que debería haber grupos de investigación translacionales, con científicos de esos que llamamos "básicos" trabajando con los "clínicos", y que allí aprendieran la medicina de cerca.

A.S. ¿Y eso no podría conllevar el riesgo de que algunos profesionales hicieran las cosas sin saber por qué las hacen?



C.B. Claro, yo me pregunto cuántos de los médicos en ejercicio hoy saben el porqué de las cosas que hacen. Paradójicamente, el éxito relativo de la docencia médica en nuestro país estriba en que lo que tratamos de enseñar a los estudiantes son los modos de resolver problemas, los ponemos en situaciones complejas, con 10 asignaturas al mismo tiempo, con muchas cosas que hacer. Los que aprueban han aprendido a resolver sí-

tuaciones complejas, algunos han aprendido a aprender, a buscar datos y se manejan en general con una serie de conocimientos "comodin" que son los que les valen para el día a día. Pero la cosa no va más allá de eso, a mí me parece que esto se podría mejorar con la parte práctica de esa formación. El caso es que nuestros estudiantes son muy listos, pero extraordinariamente incultos. Vienen de un sistema educativo funesto, pero siguen siendo chicos muy inteligentes. Cuando hacemos en Alicante el Congreso Nacional de Estudiantes de Medicina, fundado por Antonio García, que llevamos celebrando desde hace más de 20 años, yo me sorprendo porque les preguntamos muchas cosas a los estudiantes de cuarto de medicina, que se han pasado todo el verano aquí encerrados con nosotros, haciendo experimentos en vez de ir a la playa y es una maravilla ver como responden y presentan sus experimentos y resultados. Siguen siendo igual de buenos que éramos nosotros en nuestros tiempos, lo que pasa es que son más incultos y no han sido educados en la sistemática del esfuerzo y la motivación, que -sí existe- es puramente personal, no hay ningún sistema alrededor que les ayude.

A.S. Supongamos que en este momento le dan a elegir entre tres ministerios, Sanidad, Educación o Ciencia y tiene que elegir uno. ¿Cuál sería? ¿Por qué? ¿Y qué cambios implementaría?

C.B. Yo es que no cogería ninguno.

A.S. Pero es que hay que escoger uno...

C.B. No, y te voy a decir porqué. En este momento de mi vida (sí me lo hubiesen dicho a los 20 años a lo mejor me lo hubiese planteado...y me habría equivocado), he descubierto es que a mí, ya lo he dicho antes, me gusta hacer cosas, pero me gusta hacerlas con un cierto grado de concreción, en todas aquellas historias en las que he estado metido y cuyo objetivo ha sido generar grandes estructuras teóricas al final me he encontrado con que no llevaban a ninguna parte. Es decir, lo que me gusta del Instituto de Neurociencias es que lo puedo tocar, aquí hay 290 científicos que investigan y publican, hay un edificio...En la IBRO, las escuelas están funcionando, me gusta hacer cosas concretas, pero a los 65 años grandes asuntos como cambiar la educación en España me parecen misiones tremendas, como llevar el timón del Andrea Doria, uno se cansa de darle vueltas al timón y el cambio de rumbo sólo se percibe a 20 Km de donde uno empezó a cambiarlo. Pero por intentar responder de alguna forma a tu pregunta, encuentro más trascendente Educación que Sanidad, sin embargo escogería antes Sanidad porque ahí podría hacer algo más tangible. Pero me parece que la educación es más importante, aunque no me considero cualificado para la gestión educativa. Profesionalmente la Ciencia es lo que me queda más cerca, pero probablemente en términos de poder hacer cosas de orden práctico con un resultado real a corto-medio plazo escogería Sanidad. Pero insisto, no aceptaría un Ministerio, vaya, mañana me viene el Presidente del Gobierno y me ofrece un Ministerio y le digo que me siento muy honrado pero no lo acepto.



Carlos Belmonte y Ana Sánchez durante la entrevista concedida a "Encuentros en la Biología"

A.S. Estoy convencida de que a toda persona honrada y que se convierte en un personaje público, como le ha pasado a Carlos Belmonte, en algún momento le ataca la sospecha de su propia impostura. ¿Le ataca a Carlos Belmonte? ¿Cuándo?

C.B. Risas. Es muy buena pregunta. Ya sabes lo que decía aquel entrevistado: "muy buena pregunta, sí...a ver, la siguiente" (más risas). Bueno, primero yo no me considero un personaje público, afortunadamente. Una de las cosas que a mí más gracia me hace es la aguda certeza de lo poco público que soy, en el sentido de que sales en un periódico nacional, por ejemplo en el suplemento El País Semanal, y sólo te reconocen tus amigos. Después, te ve el 50% de estos amigos y te lee sólo el 10% y se les olvida siete días después, ya del resto de la gente, ni te cuento. Yo tengo una anécdota de cuan-



do me dieron el premio Jaime I, que creo que fue cuando me di cuenta de lo que significaban estas cosas. Me habían dado el premio y yo estaba en Alicante. Es un premio de la Comunidad Valenciana y mi foto estaba en la primera página de todos los periódicos locales. Me citaron para una entrevista en la radio. Salí de mi casa y me dije, "voy a comprar los periódicos", que habían salido a las siete de la mañana. El señor que los vendía los había tenido delante todo el día. Llego y le digo: "me da usted seis periódicos de cada uno de estos". El hombre me miró, cogió los periódicos, me los dio y me dijo: "son tantas pesetas" sin reconocerme... ¡y había una foto mía en la primera página de todos ellos! Ni tan siquiera pareció preguntarse, ¿quién será este señor y por qué se lleva todos estos periódicos?

A.S. ¿Y sería así si Carlos Belmonte hubiese sido un asesino en la primera página?

C.B. Risas. Pero ¿tú te das cuenta que todo esto es de una vanidad tan estúpida que no lleva ningún lado? Lo de ser un personaje público me imagino que necesita cierta dedicación, tiene uno que cultivarlo para que no se le olvide a la gente y a mí, de verdad, no me resulta cómodo. Puede ser agradable y me siento agradecido cuando la gente me reconoce lo que he hecho, es muy halagador, pero siempre me siento algo avergonzado. Y luego está la parte del impostor. La mayor parte de esas cosas son el resultado de que te ha tocado a ti hacerlas por una serie de afortunadas consecuencias, pero científicamente sé que hay a mí alrededor muchísima gente mejor que yo, gente que es más inteligente, con mayor capacidad de análisis que yo. Simplemente en algún momento determinado has tenido la suerte, la constancia, la tenacidad, la idea y se ha dado una constelación de circunstancias que hacen que seas tú el protagonista (y lo menos impostor posible), pero hay muchas cosas de esas que te quieren atribuir que no te corresponden. Le pasa a todo el mundo. Churchill sí fue un protagonista de la historia del mundo, pero cuando eres un "matao" que se dice, has hecho cuatro cosas en ciencia en tu pequeño país pues la cosa no tiene importancia.

A.S. Pues fíjate, está saliendo por allí detrás un arco iris que te da un halo especial, de colores, tiene esto gracia (risas). A ver, ya estamos acabando. Entre el ramillete de virtudes que adornan a Carlos Belmonte, como la inteligencia, la simpatía, la agudeza, la perseverancia, me gustaría que eligiese las tres que lo definen como científico.

C.B. Seguramente la perseverancia, el entusiasmo por lo que estoy haciendo y la curiosidad.

A.S. Ahora te voy a pedir que elijas, explicándonos las razones de tu elección, a un pintor, un escritor y un director de cine.

C.B. Como pintor escogería a Matisse y de los de dentro a Velázquez.

A.S. ¿Qué obra se le viene a la cabeza?

C.B. Creo que me gustan por como pintaban, no por los temas de su pintura. Me gustan por su forma de pintar, por como cada uno en su época supieron ser innovadores; quizá por eso he escogido a Matisse antes que a Picasso, Picasso admiraba a Matisse, lo envidiaba, pero me parece a mí que Matisse fue más modesto, menos divo y menos impostado.

A.S. ¿Y escritores?

C.B. ¡Pufff, tengo tantos favoritos! De los de ahora probablemente Vargas Llosa. Me gusta porque a pesar de su ego es un grandísimo escritor, es capaz de contar las cosas como nadie y luego ha mantenido una solidez y una coherencia en su literatura muy respetable y admirable. Me gustan otros, como Borges, que sin embargo me parece un poco más de "fuegos de artificio".

A.S. Ahora el director de cine...

C.B. Pues a lo mejor Scorsese.

A.S. ¿Por qué?

C.B. Porque no tiene ínfulas y cuenta historias apasionantes, muy de la vida real, sin caer en el egocentrismo excesivo de Woody Allen, que también me gusta. Kubrik es otro que me gusta... es muy difícil elegir.

A.S. Scorsese te va bien, es muy generoso, muy entusiasta, parlanchín...

C.B. Sí, sí. Otro que me gusta mucho es Bertolucci...

A.S. Pero es más irregular, ¿no?

C.B. Es más de obras sueltas, en general me han gustado mucho los italianos. Mi problema es que me gusta mucho el cine...

A.S. Bueno, pues nos quedamos aquí, muchas gracias por todo, espero que la entrevista te haya resultado cómoda.

C.B. Sí, sí. Gracias a vosotros.

